

fueron en Roma la filosofía de Epicuro y las tremendas proscripciones de Mario y de Sila. La señora del universo, cansada de su virtud y enloquecida por sus triunfos, para divertir sus ocios se entregó á los más torpes deleites y se rasgó sus propias entrañas. Tras las guerras civiles de Siria y de Mario, vinieron las de César y Pompeyo, y después las de Antonio, Lépido y Augusto. Estrágadas las costumbres, profanadas las leyes, enervadas las almas, enflaquecidos los cuerpos y endurecidos los corazones con el espectáculo de aquellas proscripciones sangrientas y de aquellas insensatas bacanales, el pueblo romano, olvidado de la libertad antigua, se sujetó al señorío de los Emperadores, los cuales, para divertir su servidumbre, le dieron en espectáculo sus propias extravagancias y los horrores del circo. El mundo no podía estar de esta manera; la exageración de la idea de la autoridad había producido el despotismo; el olvido de la idea de la libertad, la servidumbre; el culto rendido á todas las divinidades extranjeras, la indiferencia religiosa; los sofismas de los filósofos griegos habían acabado con la razón; los vicios, con las austeras costumbres del pueblo romano: era necesario, pues, por una parte, levantar los espíritus y fortalecer los cuerpos; por otra, restaurar la verdad política, la verdad moral y la verdad religiosa. Y sin embargo, esta restauración no podía venir ni del Oriente, ni del Occidente, ni del Norte, ni del Mediodía; á la banda del Oriente vivían pueblos envilecidos y estragados; á las del Mediodía, del Occidente y del Norte, vagaban en pasmosa confusión enjambres de gentes bárbaras y feroces, que corrían los bosques sin fin y los tendidos desiertos sin Dios y sin ley.

Entonces fué cuando el hijo de Dios vino á redimir el mundo. El mundo le aguardaba desde el principio de los tiempos; el pueblo judío le había anunciado á las gentes con la voz de sus profetas; un vago y hondo rumor, dilatándose por las naciones, iba declarando que estaba cercana su venida; y cuando vino, el mundo le desconoció y le clavó en una cruz, y le dió muerte afrentosa. Los hipócritas le decían: ¿quién eres tú que

vienes á quitar la máscara de nuestro rostro? Los sabios: ¿quién eres tú que vienes á descubrir nuestra ignorancia? Los grandes de la tierra: ¿quién eres tú que vienes á predicar la igualdad entre los hombres? Los turbulentos: ¿quién eres tú que vas diciendo á las gentes: la paz sea con vosotros? Los fariseos: ¿quién eres tú que vienes á quebrantar las fórmulas y á vivificar la ley? Los ricos: ¿quién eres tú que santificas la caridad y la pobreza? Los judíos, en fin: tú no eres el que aguardábamos, porque le aguardábamos vestido de púrpura, y tú vienes pobremente vestido; no eres el que aguardábamos, porque le aguardábamos sentado en un Trono resplandeciente, y tu asiento es la hierba de los prados, la piedra de los caminos y la roca de las montañas; no eres el que aguardábamos, porque el que aguardábamos, debía tener todos los tesoros de la tierra, y tú buscas el sustento en la mesa de los pobres; no eres el que aguardábamos, porque el que aguardábamos debía redimir al pueblo del cautiverio de Roma, como Moisés á nuestros padres del cautiverio de Egipto, y tú nos dices: dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César. Y se levantó en el mundo una confusa gritería, y le dijeron hipócrita, ambicioso, revolucionario, impostor, profanador de la ley, y le rasgaron sus vestiduras, y le escupieron en el rostro; y le expusieron á los insultos de las muchedumbres y á la mofa de las plebes; y pusieron en su cabeza todas las iniquidades, y no tuvo por amigos sino á los hombres de buena voluntad, que eran pocos, y á las mujeres de limpio corazón ó de encendido arrepentimiento, que eran más, y á todos los niños sin pecado; hasta que el escándalo se consumó, que también esto estaba anunciado por los profetas y escrito en las Escrituras.

Hay un lugar más eminente todavía que el Capitolio, y es el Calvario. En aquél tuvieron su nido excelso las águilas de Roma, pero en éste se elevó

Aquel divino madero,  
Iris de paz, que se puso  
Entre las iras del Cielo  
Y los delitos del mundo.

En aquél tuvieron asiento todas las Majestades de la tierra: en éste puso su Trono la Majestad Divina. De aquél partieron, para dominar á todas las gentes, poderosas legiones y esclarecidos capitanes: de éste partieron los apóstoles para llevar á las naciones la luz evangélica y la palabra de su divino Maestro. La voz que predica en Roma, es un eco de la que predicó en Jerusalén; el sacrificio que allí se celebra todos los días, un símbolo de aquel tremendo sacrificio consumado en la Ciudad Santa; la luz con que resplandece el Capitolio, un pálido reflejo de la que iluminó el Calvario. Ese monte separa los tiempos de la prevaricación de los tiempos del rescate.

El Cristianismo no ha destruído nada, y ha mudado el semblante de todas las cosas. Al revés de las revoluciones, que comienzan por escribir las tablas de los derechos, ha escrito para todos el Código de sus deberes. Nunca habla con el César sino para recordarle que es justiciable de Dios y que está consagrado al servicio de los pueblos; ni con la muchedumbre, sino para enseñarla que debe obediencia al César; la doctrina de la obediencia activa santifica la autoridad; la de la resistencia pasiva sanciona como imprescriptible la libertad humana. Sólo el Cristianismo puede reconocer sin injusticia la desigualdad entre los hombres, porque les ofrece la igualdad en el Cielo; sólo él puede aconsejar la resignación á los pobres y á los humildes, porque para cada resignación humana tiene una recompensa divina; sólo él puede tener á raya el ímpetu de los deseos, porque para cada deseo reprimido tiene retribuciones inmensas. La antigüedad tuvo el intento vano de reformar los individuos reformando las sociedades; el Cristianismo, echando por mejor senda, ha reformado la sociedad reformando antes al hombre. El Oriente fué idólatra de la autoridad, y la idolatría de la autoridad es el despotismo; la Grecia fué idóla-

tra de la libertad, y la idolatría de la libertad es el desenfreno de las pasiones populares; Roma padeció sucesivamente la enfermedad de estas dos funestas idolatrías, y fué esclava de los tumultos del Foro y de la extravagancia de los Césares. En todas las instituciones políticas de la antigüedad hay un no sé qué de artificioso y de efímero; en las del Cristianismo, un no sé qué de natural y de estable: como que las primeras tienen por fundamento la razón, y las segundas la naturaleza humana<sup>1</sup>; es decir, que éstas se fundan en lo que hay de permanente y eterno, y aquéllas en lo que hay de variable y transitorio en el hombre; por eso una sociedad cristiana, cualquiera que sea la forma de su gobierno, ni es idólatra de la libertad hasta confundirla con la licencia, ni de la autoridad pública hasta confundirla con el Estado. El Cristianismo ha dado en tierra con todas las idolatrías, así con la doméstica como con la política y con la religiosa; de esta manera ha destruído á un tiempo mismo la esclavitud en la familia y en la sociedad, y la ha destruído del comercio entre la Divinidad y los hombres; el cristiano es libre en presencia de otro hombre, libre en presencia del Príncipe, libre en presencia de Dios. Nadie es libre y sumiso á un tiempo mismo sino el cristiano perfecto. ¡Cosa singular! La Europa no ha sido estragada por el despotismo y por las revoluciones, esas consecuencias inevitables de aquellas dos grandes idolatrías, sino cuando el protestantismo vino á torcer el curso de la civilización católica y á restaurar en sus propiedades esenciales la civilización pagana.

El Sr. Morón ha comprendido perfectamente el Cristianismo, considerado desde el punto de vista de su influjo en las civilizaciones europeas. No ha comprendido menos bien la parte que pueden reclamar en esas civilizaciones los bárbaros del Norte, depositarios de la civilización germánica, tan poderosa y fecunda. Ellos nos trajeron el amor de la libertad individual

<sup>1</sup> Quiere decir el autor que las instituciones gentílicas son obra de la razón influida por las pasiones, y que las instituciones cristianas convienen admirablemente con nuestra naturaleza racional. — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

y el de la política, y levantaron los ánimos enervados á la contemplación de la dignidad humana <sup>1</sup>. Después de haber procurado descubrir los principios constitutivos de las civilizaciones antiguas y los elementos en que pueden resolverse las varias civilizaciones de Europa, el Sr. Morón entra de lleno, y con paso reposado, en el examen de la civilización española. No es mi ánimo seguirle en sus eruditísimas investigaciones, no sólo porque esta empresa no puede llevarse á cabo en un artículo de revista, sino también porque, no llegando el Sr. Morón en su historia sino hasta el siglo XI, no ha hecho todavía más que comenzar la fábrica del edificio que levanta para nuestro provecho y su gloria. Muéveme también á abandonar la idea de seguirle en todos sus pasos la consideración, para mí poderosa, de que no podía llevar adelante ese propósito sin afeanar, más de lo que la llevo afeada, la estructura artística de este artículo, consagrado exclusivamente á poner como de bulto aquellas líneas fundamentales que constituyen la originalidad y la índole propia de la fisonomía particular de cada una de las civilizaciones que van pasando á nuestra vista. Así, pues, reservándome para entrar de lleno, cuando su empresa esté más adelantada, en el examen de cada uno de los grandes problemas históricos que suscita en el ánimo la lectura de nuestros oscuros anales, me contentaré por hoy con seguir al Sr. Morón en el rápido análisis de los principios constitutivos de la civilización española.

Poco ó nada se sabe de España con certeza hasta el tiempo de los Escipiones; la noticia de sus primeros pobladores y habitantes no ha llegado hasta nosotros sino obscurecida con fábulas y leyendas; sólo se puede afirmar, sin temor de que lo contradigan los hechos, que su Gobierno fué siempre monárquico y la sociedad democrática. Da testimonio de lo primero el hecho notable y averiguado de haber sido gobernada por diferentes caudillos, que distribuían la justicia durante la paz

<sup>1</sup> Este error hubo de sugerírsele á Donoso la lectura de Guizot. Véase *El Protestantismo*, etc., de Balmes, donde fué brillantemente refutado.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

y se ponían á la cabeza de los combatientes en tiempo de guerra; dedúcese lo segundo de aquella altivez, junta con aquella indolencia, de aquellos esfuerzos gigantescos y estériles á la vez de que dió muestra siempre que vino á las manos con los pueblos extranjeros para defender su independencia y sus hogares; propiedades todas que distinguen á las sociedades democráticas de las aristocráticas, las cuales con esfuerzos menos gloriosos suelen alcanzar más provechosos resultados por su constancia en los grandes propósitos y su perseverancia en los altos designios. Vanamente se enseñorearon de la Península ó de una buena parte de ella, unos después de otros, fenicios, griegos, cartagineses y romanos. España conservó siempre en todas sus vicisitudes su pasión por la democracia y su amor á la Monarquía. Roma no consiguió asentar su dominación en fundamentos sólidos y estables sino con el establecimiento de aquellos famosos Municipios que constituyeron, de una manera adecuada á su natural propensión, la democracia española. Cuando Escipión vino á dar aquí muestra de lo que había de ser más adelante, los españoles, asombrados de su valor y de su pericia, le proclamaron Rey en el campo de batalla. Con el Imperio decayeron los Municipios; pero ya entonces la Religión cristiana echaba aquí los fundamentos de la Iglesia, y los godos comenzaron el largo camino de sus peregrinaciones. El establecimiento de la Iglesia fué la restauración de la democracia; el de los godos, la restauración de la Monarquía. A principios del siglo IV se celebró en España el concilio de Ilberri, primero del mundo, y á principios del V se estableció aquella gran Monarquía que los godos fundaron, y que fué también la primera de la Europa. Desde entonces acá, la nación española ha sido siempre, en toda la prolongación de los tiempos, una Monarquía religiosa y democrática; pero la estrecha unión entre la Iglesia, el pueblo y el Rey no comienza sino con la conversión de Recaredo; conversión que fué un acto político al mismo tiempo que un acto religioso, y al mismo tiempo que un asunto de conciencia, un negocio de Esta-

do. Desde aquella sublime reconciliación entre la Monarquía, la democracia y la Iglesia, no ha turbado la paz entre esas tres grandes potestades, sino cuando han venido los tiempos preñados de discordias y fatales para el mundo de las revoluciones. La manifestación más cumplida de la civilización goda fué aquel magnífico Código que aun hoy día ensalzan los eruditos y admiran los sabios; bajo el aspecto político, el Código visigodo es una verdadera Constitución, y la mejor sin duda ninguna entre cuantas existían á la sazón en las otras naciones europeas; bajo su aspecto penal, civil y religioso, saca inmensas ventajas á todos los Códigos de los pueblos septentrionales; las mismas que lleva, en punto á civilización, el pueblo godo á todos los que invadieron el Imperio, por su mayor comercio y trato con la civilización romana.

¿Y qué diremos á vista de aquellos graves Concilios, tan mesurados y prudentes, y de aquella pompa y majestad que circundaba á los Príncipes, y de aquellos títulos cesáreos con que los apellidaban los pueblos, cuando el resto de la Europa dormía el sueño de la barbarie, sino que la civilización de España era á la sazón la más adelantada entre todas las civilizaciones del mundo cristiano?

Entonces sucedió lo que debía suceder: que un fin desastroso se siguió luego á esta civilización prematura en obediencia de aquella ley suprema, según la cual lo que rápidamente crece rápidamente decae; como si el tiempo se negara á consagrar todo lo que, siendo obra de la improvisación, no es obra suya. A poco de este esplendor de la Monarquía goda, comenzaron á advertirse anuncios ciertos de gravísimos desastres. La discordia se introdujo á la callada en el aposento de los Reyes; la ambición puso las armas en las manos de los nobles; la doctrina del Evangelio cayó en profundo olvido aun entre los Prelados de la Iglesia; las virtudes militares se perdieron con el ocio, las costumbres austeras con el fausto. Entretanto, los judíos, parte considerable de la nación, atesoraban contra sus implacables verdugos insaciables venganzas y en-

cendidos rencores. Por este tiempo, en fin, la parte septentrional del Africa se estremeció con aquella famosa inundación de las tribus indomables que, abriéndose paso con la espada por el mundo, iban predicando á las gentes la superstición de Mahoma. De esta manera, al tiempo mismo que la Monarquía goda declinaba, otro pueblo encendido con el ardor de las conquistas se divisaba al otro lado del Estrecho, como aguardando en ademán impaciente á que llegase su día y á que sonase su hora. Todas estas cosas reunidas, y la que para mí es de peso más grave, á saber: que la sociedad española era esencialmente democrática, y que todas las de su especie crecen y declinan sin que haya más que los términos de un día entre su declinación y su crecimiento, sirven para explicar cumplidamente aquella sangrienta catástrofe que nuestros historiadores solemnizan con lágrimas, y Alfonso el Sabio con la elocuencia de Isaías; todo acabó allí: la Iglesia y los sacerdotes; el pueblo y el soldado; la Monarquía y el Monarca. Todo pasó como aquellas visiones resplandecientes que la imaginación finge en sueños si se alarga para cogerlas la mano del dormido. Tal fué la jornada de Guadalete; jornada, para españoles y godos, triste y llorosa.

La invasión sarracénica se extendió por todas partes. Para ponerse al abrigo de aquella grande inundación, las reliquias de los godos se recogieron en los montes, y en sus inaccesibles cumbres acometieron la fabulosa empresa de reconquistar el territorio herencia de sus hermanos, de restaurar la Religión patrimonio de sus padres, y de dar asiento á aquella grande y poderosa Monarquía que con sus glorias había de afrentar á la pasada. No sé que haya en la Historia otro ejemplo de un propósito tan magnánimo, de un designio tan gigantesco y de una empresa tan arriesgada, seguida de tan dichoso remate. En ninguna otra época de nuestros anales se descubre tampoco, con tanta claridad como en la que vamos refiriendo, el carácter distintivo de la sociedad española. Juntos los pocos que se salvaron del naufragio, determinaron concertarse sobre la ma-

nera y forma con que habían de ser gobernados y regidos; y con sólo el hecho de juntarse para providenciar sobre tan grave materia, declararon que eran lo que habían sido antes: una sociedad democrática. Después de haberse concertado eligieron un Rey, con lo cual se constituyeron en Monarquía, y levantaron una Iglesia, con lo cual dieron bien á entender que pensaban combatir y vencer en nombre de su Dios, el Dios de sus mayores. Aquellos pocos que allí se juntaron, eran el pueblo español; aquella estrecha Monarquía, era la Monarquía española; aquella pobre Iglesia, la Iglesia de España. Hecho esto, comenzaron á caminar todos juntos, como hermanos, de Norte á Mediodía, y dijeron: "Lleguemos hasta el Guadalete, y más allá todavía, si es posible, que allí yacen sin sepultura los huesos de nuestros padres." Y llegaron, y pasaron de allí, y llegaron desalentados y polvorosos hasta las puertas de Granada, su tierra de promisión, y entraron en la ciudad y convirtieron sus mezquitas en templos, y elevaron en sus almenas el estandarte de la Cruz, y se reposaron luego de aquella jornada, que había durado ocho siglos. Hay algunos pueblos heroicos; el español es un pueblo épico: cuando apartando los ojos, humedecidos con lágrimas, de sus miserias presentes, los fijamos en los tiempos de su pasada grandeza, un santo y respetuoso pavor se pone en nuestros corazones, y humillando nuestras frentes al verle pasar, decimos: "Aquel que pasa por allí dejando detrás un surco tan luminoso, es el pueblo de quien nosotros venimos; es el noble pueblo español, tan famoso por sus pasadas glorias como por sus presentes infortunios."

Los cosas de los árabes fueron en crecida, y las de los cristianos en baja fortuna, desde que se consumó la invasión hasta que comienza el siglo XI, es decir, cabalmente durante la prolongación del período que el Sr. Morón abarca en las lecciones que ha publicado hasta ahora. En esta época obscurísima de nuestros anales, los conquistadores, apartándose de la obediencia de los califas de Damasco, hicieron de Córdoba la silla de su Imperio, y se dilataron por nuestras provincias del Medio-

día soberbios y pujantes. Maestros en el arte de pintar los afectos del alma con encendidísimos colores, levantaron en dondequiera templos á las musas; [famosos en el arte de cultivar la tierra, sembraron nuestro suelo de jardines; voluptuosos y estragados, trajeron á España todos los deleites orientales; valientes en las lides, generosos en su trato, esclavos de su palabra, cumplidos caballeros en materia de pundonores, y rendidos galanes en sus zambras y saraos, plantaron en nuestro suelo, para aclimatarla después en toda la Europa, la flor de la caballería, flor tan delicada que sólo pudo crecer acariciada por las suaves brisas del Oriente<sup>1</sup>. Eran también los árabes profundos conocedores de las místicas y vaporosas lucubraciones de los filósofos alejandrinos, con las que desfiguraron todos los sistemas filosóficos del Oriente y de la Grecia. Si á esto se agregan sus profundos conocimientos en las virtudes ocultas de las hierbas medicinales, se podrá formar el lector una idea, si no cabal, aproximada de la civilización que nos vino del otro lado del Estrecho.

Esto en cuanto á los árabes; en cuanto á los cristianos, ignoraban de todo punto las artes de la civilización, aventajándose sólo en las artes de la guerra; pobres, desposeídos hasta de sus propios hogares, peregrinos en su patria, sus únicos tesoros eran la fe que levanta los llanos y abaja los montes, y la constancia que fatiga á la fortuna. Sobrios, esforzados y robustos, luchaban á un tiempo mismo con sus enemigos y con sus ásperas montañas: con los primeros, para desposeerlos de sus campos; con las segundas, para obligarlas á producir entre las rocas bravías el necesario sustento. Esta pobreza y esta ignorancia eran, sin embargo, fecundas, así como la cultura refinada y el maravilloso esplendor del Imperio árabe eran de todo punto estériles. Ni podía ser de otra manera si se advierte que los cristianos guardaban en su pobreza dos inmensos tesoros, la verdadera noticia de Dios y la doctrina del Evange-

<sup>1</sup> No, la flor de la caballería, cuyo lema era: "Dios y mi dama," ni nació ni pudo nacer de un pueblo fatalista y voluptuoso como el sarraceno. — (NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

lio, mientras que los árabes llevaban en sí mismos los dos estorbos mayores para adelantarse en el camino de la civilización, una noticia falsa de la Divinidad, y una doctrina absurda: el fatalismo. Por eso los primeros alcanzaron la victoria y se solazaron, ocho siglos después, en los cármenes de Granada; por eso los últimos fueron relegados al fin al otro lado del Estrecho; su falsa civilización no era en realidad sino la barbarie.

El Sr. Morón ha acertado á poner de bulto estas cosas y otras muchas que es necesario omitir para no prolongar demasiado este artículo; su erudición es muy grande; su juicio, casi siempre acertado, siempre atendible; entre las lecciones que han llamado más mi atención, no pasaré en silencio la que se refiere al establecimiento del feudalismo en España en los tiempos que siguieron inmediatamente á la invasión sarracénica, y la que tiene por objeto tejer la historia de las Ordenes monásticas. Una y otra son dignas de la más seria meditación por parte de los eruditos y de los filósofos versados en estas graves materias. Afean el estilo algunas incorrecciones; le falta color algunas veces, y otras nervio; imperfecciones ligerísimas y fáciles de quitar, sobre las que llamo la atención ilustrada del Sr. Morón, porque es digno de la crítica, y porque estoy seguro de que no consentirá que su obra, hecha para la posteridad, lleve al tribunal que la guarda esos pequeños lunares. Entretanto, no puedo menos de recomendar encarecidamente la lectura de una obra que merece un alto lugar entre las pocas graves publicadas en lo que va corriendo de este siglo.

## APUNTES

SOBRE LOS

# REINADOS DE MENOR EDAD

precedidos del discurso pronunciado en el Congreso

el 6 de Noviembre de 1843 sobre declaración de la mayoría de Doña Isabel II.